

## **Presentación libro Don Luis de Lezama, Escuela del futuro**

**A. Juan María Laboa**

**Madrid, Museo del traje, 26 de Junio de 2017**

Queridos amigos,

No represento ni sustituyo al ministro de educación. Todos sabemos que los ministros tienen patente de corso para echar marcha atrás por razones de estado. Iñigo Méndez Vigo es buen amigo y le echaremos de menos. Estoy aquí, en esta agradable presentación de un libro estimulante por pura amistad. Creo que conozco a Luis de toda mi vida Madrileña, es decir desde finales de los sesenta. Somos muy distintos, pero nos queremos mucho y nos confiamos mutuamente, cosa que en estos días constituye un tesoro.

Hace unos días decidimos los dos pasar los primeros días de julio en Málaga, visitando sus museos. Al día siguiente, le visité en la Feria del libro donde firmaba ejemplares de este libro que presentamos. Se encontraba en el stand de PPC con un señor a quien no conocía. Al terminar su conversación me dijo. Me he comprometido a tener una conferencia sobre toros en la clausura de un seminario de la Universidad de verano, el 7 de julio. Esta anécdota refleja un carácter vital suyo de disponibilidad, curiosidad y atrevimiento sin límites ¿Qué tiene que ver un sacerdote clásico como es él en el fondo con las muletillas, las tabernas, las escuelas de hostelería o los catering de postín? Pocas cosas le son ajenas, sobre todo si le sirven para lograr sus objetivos, satisfacer sus curiosidades, cumplir con sus ilusiones, ayudar a la gente. Es verdad que no hay nada malo en arriesgarse si quien paga es uno mismo, y este es el caso de Luis Lezama.

Es un personaje brillantemente atípico: aunque nacido en Álava, para un guipuzcoano como yo, parece bilbaíno, estudio periodismo, pero se ha dedicado a la gastronomía; es célibe, pero buena parte de su vida la ha pasado con jóvenes; es sacerdote desde hace cincuenta y tres años, pero es lo menos clerical que conozco; se declara nacionalista, pero lleva muchos años dando de comer satisfactoriamente a los senadores del Reino, y mantiene afectuosas relaciones con él el Rey Juan Carlos; sabe poco de derechos canónicos y liturgias, pero le pirra visitar de vez en cuando a personajes de la Curia Romana para enterarse de los últimos chismes. Después de celebrar con el papa Francisco, charló un momento con él y regaló al papa uno de los pirulís que reparte cada día a los niños del colegio. Tengo la impresión de que el papa conserva el pirulí en la mesilla de noche porque le ayuda a repensar en la complejidad de la Iglesia.

Ha sido y es un buen cura, aunque ha ejercido poco con los trámites habituales del ministerio, porque pidió un año sabático al cardenal Tarancón en los primeros setenta y aquel año se convirtió en 30 años en la periferia; es un escritor libre e instintivo aunque no ha podido, por desgracia, dedicarse a él mucho tiempo. Comenzó con el libreto de la Pasión de Chinchón y siguió con algunas novelas de éxito y no pocas reflexiones y propuestas pastorales. Creo que no sabe freír un huevo, pero da nombre y palabras a unos libros de cocina que compiten con los de Simone Ortega. Sacó de la nada un colegio con más de dos mil alumnos y le ha dotado de un método sugestivo e interesante. Es un atrevido compulsivo, pero todo tiene una finalidad. De él podemos decir que su estilo es el hombre. A Luis estimula la dificultad, la aparente contradicción, la quiebra de las posturas rígidas, demasiado seguras e intransigentes. Tarancón le entendió y animó; a Rouco le desconcertó y Osoro le apoya con simpatía. Ninguno de los tres ha sabido qué hacer con este cura, tal vez porque le veían muy seguro de lo suyo.

Yo he dedicado buena parte de mi vida a la historia y a la tradición, pero Luis piensa y escribe sobre la innovación y la creatividad. Luis dice que en toda innovación hay caos, pero tengo que decir que en su vida diaria no se nota el caos, por la velocidad de su pensamiento, por su capacidad

intuitiva y su facilidad de decisión. En realidad, Luis distingue entre semáforos relevantes y no relevantes y, aunque todos le atraen, sabe quedarse con los que vale la pena. De todas maneras, debo añadir que sus logros y éxitos no se han debido solo a sus capacidades sino también a la habilidad de los colaboradores de confianza, aquellos que comparten nuestros afectos e inquietudes, que nos soportan y apoyan. Gran parte del éxito humano, afectivo, docente o empresarial se debe a las personas que forman parte de nuestra historia. Y en esto, también, Luis ha tenido suerte.

La enseñanza no se limita, ciertamente, a los datos y ciencia que poseemos sino que tiene mucho que ver con el estilo humanista, la capacidad de acompañar, de compenetrarse, de a mar y darse. En el fondo, a lo largo de su vida, Luis ha ejercido la pedagogía en espacios no siempre interrelacionados pero todos muy suyos: estudió teología y periodismo, estuvo algún tiempo en el seminario y en la delegación de vocaciones, tratando con jóvenes que buscaban una salida a su vida; acompañó, albergó y dirigió a muchachos desorientados y en complicadas situaciones. Tantos años de restaurantes con jóvenes que iban madurando en su compañía, las escuelas universitarias, la parroquia y el colegio, ámbitos bien diversos entre sí, manifiestan una vocación de acompañamiento y docencia que, en el fondo, le han acompañado siempre. No es raro pues, que estemos presentado un libro suyo sobre la educación, la enseñanza y la formación. Sin embargo, alguna vez he pensado que la larga dedicación de Lezama a la gastronomía tiene algo que ver con la idea de Berna nos de que el hombre actual tiene el corazón duro y la tripa sensible. ¿No habrá pensado nuestro amigo, como antes Jacob y tantos otros en la historia, que a través del estómago se puede llegar, también al corazón?

Pero la última etapa de su vida, Lezama la está dedicando a la enseñanza. Loisy, un rebelde famoso a finales del XIX; escribió que la Iglesia amaba gobernar mucho, pero que a penas conseguía formar. Resulta difícil aceptar esto sin más de una institución que a lo largo de los siglos ha dedicado tantas energías y organizaciones para formar a sus jóvenes, pero considero que puede resultar interesante trasladar la acusación a muchos métodos e instituciones que Luis procura olvidar la cultura de la provisionalidad para enfrentarse con el sentido de la vida, las líneas maestras de nuestro carácter y de nuestra vocación, convencido de que todo ser humano es Adán y todo ser humano es Cristo. Conseguir armonizarlos constituye la razón del éxito de un desarrollo personal y de una pedagogía humanista.

Me satisface que este libro esté editado en la editorial PPC, del grupo SM. Es una editorial que desde su inicio, que Luis y yo vivimos de jóvenes, ha sido inquieta, innovadora y renovadora. Fuimos grandes amigos de sus fundadores Lamberto de Echevarría, José María Javierre y Antonio Montero, tres ilustres animadores de la cultura religiosa española desde los años 50. A PPC y SM debemos agradecer innumerables iniciativas culturales que han enriquecido y prestigiado la vida cultural española en años no siempre fáciles.

Bien, este personaje atípico, amigo de toreros, infantas, grandes periodistas, catedráticos y ministros, amigo nuestro, ha escrito este libro que hoy está presentando.